

¿FALTAN EN ALEMANIA ARQUITECTOS MODERNOS?

(Traducido de la revista «Baumeister»)

En *Werk* (revista suiza de arquitectura, arte y artes y oficios) publicó Alfredo Fink el año pasado un estudio sobre las «Dificultades interiores en la reconstrucción de Alemania». Este estudio lo reprodujo la revista *La Nueva Ciudad*, bajo el título «Visto con ojos suizos», abriendo una discusión pública acerca del artículo.

El estudio de Fink tenía aproximadamente el siguiente contenido:

El extranjero que visita a Alemania ve completamente frustrada la idea de que la derrota de este país le ofreció la ocasión de una reconstrucción de alto valor artístico y espiritual. En muchas ciudades ya se han quitado grandes zonas de los escombros y ruinas anteriores, invitando al urbanista a la ejecución de creaciones nuevas. Sin embargo, todo el aparato de la reconstrucción era malo y podrido. «Todos los arquitectos y profesores que durante tres semanas, en un viaje de estudios, visitaron a Munich, Francfort, Karlsruhe y Stuttgart, se han quedado amargamente de que faltaron la fuerza y energía para la creación de una arquitectura moderna verdaderamente nueva.»

No se encuentra por ninguna parte una concepción arquitectónica clara. El estado de una confusión espiritual se manifiesta lo mismo en el arte que en la política. Lo que más dificultó la labor del urbanista fué el hecho de que la gente rechazaba todo proyecto a largo plazo.

Otros factores de orden interior encontró Fink en el estudio de los arquitectos, clasificados según generaciones:

1.º Los arquitectos «modernos», de una edad de cuarenta a cincuenta años, luchan en vano contra una política monstruosa, realizada por un núcleo mezclado todavía con elementos nacionalsocialistas. Estos «arquitectos modernos, en el mejor sentido de la palabra», se encuentran, según Fink, completamente solos y abandonados en su misión.

2.º A la generación siguiente (arquitectos de unos treinta años) le falta toda aspiración «para llegar a una construcción moderna y sana», porque es muy difícil para ellos el librarse de las influencias nacionalsocialistas que tuvieron durante su educación. Fink encuentra otra dificultad muy grave en el hecho de que, tanto en la arquitectura como en la política, domina un grupo de arquitectos que llama «los eternos débrouillards», o sea personas muy hábiles en adaptarse a las circunstancias de un momento dado. (Cita como ejemplo la nave de la feria de Francfort, un monumento construido en memoria de Adolfo Hitler.)

3.º El grupo de los arquitectos modernos, citado en el apartado 1.º pone todas sus espe-

ranzas en los estudiantes que ahora tienen unos veinte años.

Fink termina su artículo expresando el deseo de que la voluntad general de la nación, en orden a su reconstrucción, halle, al fin, una concordia creadora.

Las líneas de Fink han sido contestadas por un estudio de Helment Delius, que fué publicado en *La Nueva Ciudad* (*Die neue Stadt*, 1950, núm. 6), y que por la importancia de sus principios queremos dar a conocer, con la debida autorización de su autor:

El punto más importante del artículo de Fink es la comprobación de una falta de fuerza que «puede aspirar a la creación de una arquitectura moderna, verdaderamente nueva». Delius pregunta: «¿Qué es una arquitectura moderna, verdaderamente nueva?» Si hoy buscamos en balde «una concepción arquitectónica clara», el motivo de ello no es la guerra, que duró seis años, ni la catástrofe que vino después, ni tampoco aquella política que apartó a Alemania, durante doce años, de todo desarrollo «cultural» del mundo. (El valor de este desarrollo me parece más bien de índole civilizadora y menos cultural, pues ¿qué valores culturales, qué valores humanos han surgido en aquel tiempo en el resto del mundo?) Las ideas de la arquitectura no dependen de fenómenos exteriores de esta o aquella clase, y son completamente independientes de guerras, catástrofes, etc.

La desilusión y la confusión espiritual yacen mucho más profundas. Sus raíces no las encontraremos en el pequeño período de doce años de confusión política. La confusión verdadera existe ya desde hace muchos decenios, pues nació al principio del siglo XIX, cuando se rompió con la tradición de aquella época tan fértil en ideas y obras de arquitectura. No necesito dar más nombres que los de Weinbrenner y Schinkel para caracterizar los dos antípodas del pensamiento arquitectónico y el momento de la ruptura con la tradición. Pero este hecho histórico no se limita a Alemania, sino que se manifiesta igualmente en todos los países europeos y americanos. La escasez de conceptos e ideas en la arquitectura que se inició entonces, fué enmascarada con una gran abundancia de palabras de moda, bastante baratas y poco profundas.

Tampoco la proclamación reciente de la llamada arquitectura «orgánica» (véase el *Baumeister* del año de 1950, cuaderno núm. 5, página 318) nos servirá para volver a encontrar las bases de nuestro pensar en arquitectura, bases bastante amplias para construir sobre ellas pensamientos tan fértiles que de ellos sur-

gieran verdaderas ideas arquitectónicas. Y, sin embargo, una reconstrucción sólo sería posible sobre tales bases.

Fink dice que es difícil la posición del «grupo de los arquitectos modernos», refiriéndose a aquel grupo de hombres de cuarenta a cincuenta años, que en su tiempo fueron llamados «bolchevistas de la cultura». Es muy natural que su posición sea difícil, pero están en contra de aquellos de sus compañeros de la misma edad, o aún mayores, que siguen una tradición fuerte y claramente expresada, sin dejarse confundir por las palabras de moda, tan oscuras como «funcionalismo», «formalismo», «constructivismo» y otros «ismos». A esta tradición fuerte y clara, que se expresa en las mejores obras de los tiempos pasados y modernos de todos los países, los llamados hombres «modernos» no pueden contraponer nada que refleje del mismo modo el verdadero pensamiento arquitectónico. Nadie podrá negar que la generación de los que ahora tienen unos treinta años haya sido educada bajo la influencia del nacionalismo. Pero ¿ha sido la influencia del tercer Reich en la arquitectura realmente también tan horrible y nefasta como aquí se quiere sugerir? Bien es verdad que el nacionalismo ha creado toda una serie de obras de arquitectura que no corresponden en nada a la así llamada concepción «moderna»; pero que, a pesar de todo, reflejan ideas, arquitectónicamente, muy claras. (El ya citado cuaderno núm. 5 del *Baumeister*, del año de 1950, servirá como ilustración también en este caso.) Podríamos comprobar nuestra afirmación con toda una serie de ejemplos, sin pretender negar por esto que la exageración y la crudeza formales de otras tantas obras nacionalsocialistas no corresponden en nada al concepto de una buena arquitectura. El hecho de que también entre los arquitectos se mezclen «personas muy hábiles en adaptarse a las circunstancias en un momento dado», una especie de «caballeros de la buena coyuntura», corres-

ponde a la verdad, y es muy lamentable; pero de ninguna manera representa este hecho un signo característico de la escasez de ideas «modernas» en la arquitectura, escasez causada por la catástrofe, sino simplemente un signo de la escasez general de ideas arquitectónicas y un predominio de «ideas de moda» y de habilidad comercial, que se presenta hoy en todas las manifestaciones de nuestra vida.

Sería muy de desear que nos digan de una vez cuál es el contenido filosófico de esta «concepción moderna», de la cual hablan tanto. Hasta hoy, los modernos no nos han dado concepción alguna, por lo menos ninguna que fuera arquitectónicamente concebible. Pero sin concepción y sin pensamiento arquitectónico, únicamente con unos gestos «formalistas», no se puede hacer arquitectura, ni siquiera «moderna».

La «concordia creadora», que estos suizos tanto desean, presupone la concordia del pensamiento arquitectónico; pero es precisamente ésta la que nos falta a nosotros, lo mismo que a todos los demás países de cualquier manifestación de una cultura arquitectónica. Este pensamiento, que en Alemania se consolidó especialmente por la gran tradición del siglo XVIII, no ha consistido nunca en el formalismo, ni tampoco en la función o en la construcción de cualquier parte del edificio o el material, sino exclusivamente en la configuración concebible y comprensible, para cualquier persona sensible, del espacio y del cuerpo, realizada con los medios del lenguaje arquitectónico. La medida y la armonía son partes muy esenciales de dicha configuración. La tradición de la teoría de la arquitectura, que llega de Vitruvio hasta Ostendorf, hasta ahora no ha podido ser sustituida.

Dr. Ing. HELLMONT DELIUS
Arquitecto.
Siegen.

